

**LA ÉTICA UNIVERSITARIA**

Antonio Rodero Franganillo  
Catedrático de Genética  
Ex Secretario General de la Universidad de Córdoba

Como apuntaba no hace mucho un conocido escritor, una de las tareas clave y obligadas de la Universidad es preocuparse por la propia institución, tarea que debiera ocupar al universitario en identificar y examinar, de manera crítica, los valores que inspiran la actividad universitaria.

Durante años, la comunidad científica ha sido capaz de funcionar con un alto grado de autonomía e independencia, fijando sus propios programas, sus objetivos y sus controles, pero en la sociedad actual se ha producido una nueva conciencia, de forma que quiere verse involucrada en las planificaciones y ejecuciones de las iniciativas universitarias.

Los valores públicos y los de las distintas comunidades son extremadamente importantes. Cada sociedad y las diferentes clases que la conforman tienen sus propios valores. Los valores que se adopten determinan la dirección que toma una sociedad y la capacitan para supervivir, avanzar y progresar o bien para declinar.

Las civilizaciones progresan cuando se define la calidad de vida del hombre tanto incluyendo valores trascendentales como prosperidad material. Las civilizaciones declinan cuando la agenda material y la codicia individual excluyen los más altos valores sociales, al regirse especialmente por actividades dogmáticas.

**Valores científicos**

La ciencia básicamente es la búsqueda del conocimiento sobre el mundo material, en su forma más simple o más compleja, con la intención de anticipar la incertidumbre.

No es infrecuente que los científicos creen que ellos no tienen valores profesionales y que la ciencia es objetiva y se ocupa sólo de datos y hechos y que, por su naturaleza, está exenta de valores.

Para Ayala (2008) la ciencia tiene límites, pues su ámbito de aplicación, y probablemente de métodos, le imposibilita para llegar a explicaciones relativas a, por ejemplo, las creencias o los valores. Si de la ciencia no pueden derivarse creencias o valores, tampoco puede negarlos.

Los objetivos científicos se deciden por los científicos y no por métodos científicos, y esos objetivos deben determinarse por valores.

Otros científicos se expresan en el sentido de “yo sólo me implico en encontrar nuevos conocimientos, es la sociedad la que tiene que decidir cómo usarlos”. Después de todo, para algunos, un científico es juzgado por sus logros y no por sus preocupaciones sobre el posible uso torcido de la ciencia.

Pero, ¿cómo puede un científico desentenderse de los problemas que se han creado en la actualidad como consecuencia de la insostenibilidad de los sistemas económicos, industriales, sanitarios y de consumo en la mayor parte del mundo?

Siendo el tema de la ciencia y la investigación uno de los fines de la Universidad, junto con la docencia, la extensión cultural y su propia gestión, tal tema debe contemplarse desde la perspectiva ética y deben analizarse las tentaciones que frecuentemente le acechan.

Dichas tentaciones pueden estar representadas por conseguir beneficios económicos o por alcanzar notoriedad y prestigio científico; en el universitario frecuentemente pesan más estas últimas que las primeras.

Si ha habido algún tiempo en que predominaban los científicos que buscaban el conocimiento por sí mismos, hoy no ocurre otro tanto y es difícil encontrar las ayudas necesarias para desarrollar las correspondientes investigaciones, cuando, por el contrario, domina la “investigación orientada por cometidos”.

El investigador se encuentra estimulado y obligado a encontrar ayudas, bien sea de empresas privadas, bien de las administraciones, que tienen unos objetivos claros dirigidos a la utilización de los resultados que se obtengan en los trabajos científicos y de sus repercusiones económicas.

De ello surge la primera tentación: ¿es excesivamente arriesgado referirse a científicos que sean sensibles, en su trabajo, a maximizar el beneficio de aquéllos que le han concedido los fondos

económicos necesarios para la realización del correspondiente proyecto cuando, por otra parte, el investigador también obtiene un provecho en forma de incremento del *curriculum* o de gratificación económica?

Más graves son aquellos otros casos en los que el investigador (generalmente no entre los más destacados) adapta los resultados de sus trabajos o los sesgan de forma que éstos adquieren una imagen fácil de “vender” a los sensacionalistas medios de comunicación.

A algunos universitarios les resulta muy atractivo verse solicitados por tales medios para que difundan noticias de sus trabajos que llamen la atención del público, a costa de alterar el significado de sus resultados científicos.

La vanidad de encontrarse frente a la luz de los focos de los medios de comunicación puede alterar la dignidad, la independencia y la rectitud científica del investigador.

El plagio, la falsificación en la investigación y la manipulación de datos, son conductas que se engloban bajo la definición de malas prácticas científicas.

Ha [señalado Pere Puigdomènech](#) que la investigación [en España](#) está creciendo “y puede haber un mayor impacto de las malas prácticas”.

Como indicaba C. Castilla, “hay que desmitificar la imagen del científico como la del hombre justo, recto, que al concebirlo como un hombre de excepción se nos transforma en un ideal sólo alcanzable para pocos. Y ustedes saben hasta qué punto es esto un ardid que se mantiene, y que les conviene mantener, por aquéllos que tienden siempre a dejar las cosas como están, y que, al saberse no excepcionales, pretenden eludir todo su compromiso propio en su quehacer”.

En el contenido de un trabajo de investigación que se publica debe explicitarse el método científico que se ha aplicado para que cualquier otro investigador puede repetir la experiencia y contrastar los resultados, de acuerdo con los principios de objetividad y de ajuste al máximo a la realidad.

Un científico debe haber sido entrenado en la metodología científica para que sea capaz de interpretar los resultados obtenidos y redactar las conclusiones para que sean racionales con rigor y disciplina, de forma que se puedan validar sus resultados. Ello supone una buena dosis de sentido y práctica ética.

Para [Jorge Wagensberg](#) el ser un científico no es una garantía de cumplimiento de los principios de la metodología científica, también puede pecar anteponiendo otros intereses, como su prestigio personal o su autoestima.

Aunque se escapen, algunas veces, las opciones para una ciencia “descuidada” son hoy día escasas: todo opera bajo el escrutinio y disciplina de evaluadores de las publicaciones científicas de mayor prestigio y por escudriñadores expertos, con la ayuda de las administraciones y de la supervisión en empresas y teniendo en cuenta el talante moral de la mayor parte de los investigadores.

Algunos de los hechos más notorios, en los que no se han ajustado los autores a los principios de la ética científica, han tenido un impacto negativo en la opinión de la sociedad respecto a la ciencia y a los científicos.

La visión tradicional de la ciencia por el ciudadano era de confianza, pensando que el trabajo realizado se ponía a disposición del beneficio del total de la sociedad.

Esta imagen ha cambiado recientemente en algunos campos científicos, por lo que es necesario recobrar la confianza pública en la moral de los investigadores y que se comprenda que la ciencia no encuentra, ni puede encontrar, respuestas a las cuestiones morales. Frecuentemente, la verdad científica no es la que conoce la sociedad, porque en ésta tienen más eco las noticias llamativas. Por lo tanto, cualidades que deben reunir la actividad universitaria son la independencia, el rigor y el sentido ético.

Pocos universitarios me irritan más que esos prestigiosos investigadores cuyo interés se centra por entero en elaborar trabajos científicos para que sean publicados en revistas de alto impacto y a ello dedican todos sus esfuerzos y sus altos valores científicos, ultrajando las propias conciencias, la propia capacidad intelectual y los recursos materiales que la sociedad pone a su disposición, sin importarles lo que ocurre más allá de sus torres de marfil, cerrando los ojos a los verdaderos problemas de la humanidad, lejana o cercana, en la que frecuentemente crece tanta cruel miseria, sin cuestionarse el estado de las cosas.

**La docencia**

La calidad de la enseñanza va a depender, sobre todo, de la capacidad del profesorado, aunque también incidan, en tono menor, las dotaciones materiales y el método pedagógico a aplicar.

Lo que ocurra en la docencia se inicia en el momento en que se selecciona al profesorado, según se valora su capacidad docente e investigadora. Las tentaciones a las que se somete el profesorado que va a realizar esta tarea selectiva son muy fuertes en el sentido de que se desvíen de la ética y de la justicia.

Más aún cuando en las pruebas de acceso a las plazas de profesorado universitario la valoración de las cualidades pedagógicas está casi ausente.

En las universidades públicas las plazas de profesorado son de dos tipos: las que resultan de un contrato entre la universidad y el profesor y aquéllas que tienen carácter funcional. El cuerpo docente de los profesores contratados suele suponer los primeros niveles de carrera universitaria y es la propia universidad que convoca la que, en exclusiva, lleva a cabo todo el proceso selectivo y en ellos radica una de las posibles vías de corrupción.

Según opinaba un Secretario General de Universidades, Investigación y Tecnología, no hace mucho, “no es tan raro que para ocupar una nueva plaza en un departamento algunos de sus miembros prefieran entre dos candidatos a uno menos bueno que es de su estirpe a otro más bueno que no conocen de nada... este comportamiento supone una contaminación del objetivo de calidad universitaria y no contribuye a la eficacia del sistema”.

También [recordaba](#), hace poco, [Miguel Ángel Quintanilla](#), que “es normal en España invitar a los mejores expedientes a solicitar una beca, mientras a los que no son tan buenos se les da una plaza de ayudante, porque no necesitan competir, sólo compiten a nivel local”. Se considera que las plazas de ayudante no son cualificadas y pueden ser cubiertas por personas no exigentemente seleccionadas, sin tener en cuenta que una vez iniciada la carrera docente las posibilidades de una criba posterior se reducen. Es una carrera de obstáculos para llegar a la situación estable de profesor numerario.

El ya citado profesor Quintanilla agregaba que ser “gorrón” ha sido muy rentable en la Universidad española, cuando la carrera docente de universitarios e investigadores debe depender del sacrificio y de la capacidad académica, no de la actuación en las políticas de pasillo.

Pero la selección del profesorado universitario no sólo ha estado viciada por intereses particulares o personales, sino también por el procedimiento por el que se realiza la valoración de los opositores o profesores numerarios, en el que no se contrastan las cualidades docentes del candidato, ni tampoco su conocimiento de los contenidos que estaría obligado a desarrollar en el caso de obtener la plaza objeto de la convocatoria.

Con estos condicionantes ¿se puede pensar que le sea fácil a la Universidad española el reciclado del profesorado para afrontar el reto que supone la introducción en el Espacio Europeo de Educación Superior?

**La gestión**

Un déficit tradicional de la Universidad española radica en el sector de personal no académico e investigador. Tanto de técnicos de laboratorio cualificados y contratados por la universidad de forma directa como de personal administrativo, la escasez es la nota dominante. Estos déficits se superan por el esfuerzo del profesorado o de becarios postgraduados, realizando tareas que realmente no le corresponderían en detrimento de su labor docente e investigadora, que es la propia a su formación y estado.

Hay otros caminos por los que también se desvía el derrotero debido del profesor universitario. Nos referimos a aquellos casos en los que el académico procura, de manera ininterrumpida y a largo plazo, ocupar cargos de dirección que le absorben prácticamente toda su tarea, abandonando sus obligaciones docentes e investigadores.

Es más cómodo y gratificante ocupar un cargo, con lo que ello supone de poder, reconocimiento, compensaciones y agradecimientos personales, que el trabajo del día a día, la mayor parte de las veces no visible, difícil y exigente que representa la labor investigadora o la buena labor docente.